

La moral, objetivo de guerra

Síntesis de un artículo, por J. M. Spaight, en *Royal Air Force Quarterly*.

Durante la II Guerra Mundial los estrategas norteamericanos y británicos no estuvieron de completo acuerdo en cuanto al problema de si la moral enemiga era o no un objetivo beneficioso. Esta cuestión se discutió extensamente en la Conferencia de Casablanca celebrada en enero de 1943. La historia oficial de las Fuerzas Aéreas del Ejército norteamericano señala que: *Los aviadores norteamericanos seguían adheridos a la opinión de que la producción alemana podía paralizarse por medio de ataques de precisión sobre las industrias esenciales al esfuerzo bélico, mientras los peritos británicos de bombardeo continuaban dando preponderancia a la moral enemiga.* La decisión a que se llegó fué que la Fuerza Aérea norteamericana seguiría el sistema de bombardeo de precisión, y que la Real Fuerza Aérea, el de ataques sobre objetivos de zona. Según el estudio analítico estratégico norteamericano, estos últimos ataques estaban "principalmente dirigidos a destruir la moral, particularmente la de los obreros industriales". Los bombardeos suplementaban la guerra de propaganda conducida por la radio y el lanzamiento de octavillas, y cuya finalidad era igualmente socavar la moral enemiga.

La moral civil.

Puede quizá decirse que todo acto de violencia bélica es un ataque contra la moral. En la batalla, el comandante trata de obtener una decisión destruyendo el espíritu de las tropas enemigas no menos que sus cuerpos y armas. Su derrota es un golpe contra la moral de su gobierno. Es de hecho la forma normal de inducir a un gobierno enemigo a rendirse y pactar. El combate y la matanza son sólo me-

dios para alcanzar este fin. Debe influirse en el raciocinio de los jefes enemigos (desde el punto de vista del otro beligerante) para encauzarlo en una dirección conveniente. Sin embargo, el ataque contra la moral no ha de enfocarse en esta disertación en un sentido tan amplio como éste. No consideraremos las operaciones de campaña. El tema sujeto a discusión será el tipo de ataque contra la moral que estuvo en controversia en la Conferencia de Casablanca; esto es, en términos generales, el ataque contra la moral civil.

En relación a este limitado propósito, los ataques contra la moral pueden significar una de las dos cosas siguientes: el ataque a la moral del conjunto de la población del país o a la moral de aquella parte de la población que está empeñada en industrias que contribuyen al esfuerzo bélico. El propósito del primer caso es despertar un espíritu de derrotismo en la población en general, y en el segundo, el retrasar o paralizar un trabajo esencial para la feliz consecución de la guerra. Aquí, de nuevo, el objetivo final en cada caso es el influir en el gobierno enemigo e inclinar su ánimo a entrar en negociaciones para poner fin a las hostilidades, ya sea porque reconozca que el país en conjunto está demasiado desalentado para continuar luchando, o porque no pueda mantener el esfuerzo bélico necesario para asegurar un resultado feliz.

La práctica de la guerra en mar y tierra.

En principio no hay nada nuevo en la guerra contra la moral. Se pueden encontrar precedentes tanto en la guerra naval como en la terrestre, en cuya práctica po-

demos también seguir las huellas de la distinción entre los amplios y limitados conceptos a que nos referimos antes. El bloqueo naval es un ejemplo de un amplio ataque contra la moral. A diferencia de la interceptación del contrabando, que está dirigida (en principio al menos) a prevenir que el enemigo reciba abastecimientos utilizables para propósitos bélicos, el bloqueo paraliza o trata de paralizar todo el comercio marítimo con la parte bloqueada del territorio enemigo, y al hacerlo no distingue entre los obreros de industrias bélicas y los otros. Es, por consiguiente, una medida dirigida contra la moral general, aunque perjudica incidentalmente el esfuerzo de guerra enemigo.

Por supuesto, es diferente del ataque aéreo contra la moral, ya que no implica un peligro directo de vida o mutilación para la población enemiga que ha de sentir los efectos de éste. Sin embargo, en la guerra de antaño había una costumbre en la que los ataques contra la moral implicaban este riesgo personal para los no combatientes. Se encontraba en el bombardeo por artillería terrestre sobre ciudades defendidas. Se reconoce específicamente en el capítulo relativo a las costumbres de guerra del Reglamento oficial británico sobre ley militar. Este señala: *La fuerza de artillería no tiene el deber legal de limitar su bombardeo sólo a las fortificaciones y límites defendidos. Por el contrario, la destrucción por bombardeo de los edificios privados y públicos ha sido siempre y continúa siendo considerada como legal por ser uno de los medios de convencer a las autoridades locales de lo aconsejable de la rendición.* Podrá creerse que los habitantes de la ciudad cañoneada se pondrían a salvo evacuándola, pero dicha evacuación quedaba al arbitrio del sitiador, ya que la misma regla prescribe que el comandante no tiene la obligación de permitir a los no combatientes—mujeres, niños, ancianos, enfermos y heridos—abandonar la ciudad sitiada. Al extender el efecto del bombardeo artillero a todos los habitantes, sin cuidarse de su condición de civiles o militares, el cañoneo de una ciudad en la

antigüedad presenta en apariencia el mismo problema ético que se plantea ante el bombardeo aéreo de la actualidad sobre la ciudad en su conjunto, no diferenciándose en ella los objetivos militares de los civiles.

Sin embargo, con el bombardeo aéreo no se persigue la rendición de la ciudad como se trataba de lograr con su cañoneo, ya que lo normal es que las tropas de los beligerantes combatan muy alejadas de su casco urbano. El propósito del bombardeo aéreo estratégico es la destrucción de objetivos militares (al menos, y como luego demostraremos, es la teoría del atacante quien en la mayoría de los casos afirma de buena fe ser esta su finalidad).

Se podría justificar el bombardeo aéreo a las ciudades amparándose en la vieja ley militar a la que hemos aludido; pero al existir aquella diferencia en cuanto a la posibilidad de lograr la rendición inmediata de la ciudad no se acepta la disculpa que brinda la vieja costumbre, imponiéndose la necesidad de apuntar sólo a objetivos militares.

El doble aspecto del ataque contra la moral.

Es evidente que el efecto de un ataque contra la moral variará con la naturaleza del gobierno del país enemigo y también con la idiosincrasia de su pueblo. Si el gobierno fuera democrático, el efecto podría inducir a buscar la terminación de las hostilidades, ya fuera a causa de la existencia de una fuerte presión popular a este fin, o debido a que el gobierno, "motu proprio", deseara evitar a los ciudadanos mayores tribulaciones. Este tipo de reacción oficial al ataque contra la moral difícilmente se da en un estado policiaco. Este estado no permite el influjo de la presión popular y no tiene consideración por los sufrimientos del pueblo. Sin embargo, cuando la moral perjudicada es la de los obreros industriales, el problema adquiere perspectivas diferentes. Si son inducidos a abandonar sus bancos de trabajo, forjas y cadenas de montaje, se

reduce el esfuerzo bélico y el gobierno puede encontrarse impotente para obligarlos o volver. Por consiguiente, puede llegarse al extremo en que no quede otro recurso que buscar el fin de la guerra.

El logro de esta situación y la premura o lentitud con que se alcance dependen del factor humano del problema. La fuerza desintegradora se impondrá más rápidamente sobre una nación que sobre otra. Todo es cuestión de fuerza o debilidad de voluntad, de tenacidad o docilidad. Una nación resistirá hasta el fin con la cabeza ensangrentada, pero enhiesta; otra levantará la bandera blanca en las primeras fases del combate. Se ha dicho que el bombardeo que busca el efecto moral puede tener dos reacciones opuestas; algunas veces puede producir un resultado positivo, y otras, negativo; puede fortalecer la moral en vez de debilitarla. Cuál será el efecto es una jugada al azar en el reino de las posibilidades. No hay seguridad absoluta sobre el resultado.

La moral italiana y alemana.

Durante la II Guerra Mundial la jugada dió mejores resultados en Italia que en Alemania. El Mariscal Badoglio ha declarado que el derrumbamiento italiano se debió en parte al efecto en la moral del pueblo de los ataques aéreos sobre Turín, Milán y Génova. En su libro "Italia en la II Guerra Mundial" señaló: "Las gentes comprendieron que no se habían hecho planes ni se habían tomado medidas para lidiar con tales ataques y que si la guerra continuaba, todas nuestras ciudades y medios de comunicación serían destruidos. Conscientes de nuestra total impotencia, la moral del pueblo decayó rápidamente."

La población civil alemana era de mayor reciedumbre. El Estudio Analítico del Bombardeo Estratégico Norteamericano declaró: "La reacción mental del pueblo alemán hacia los ataques aéreos es significativa. Bajo una despiadada dominación nazi, demostró una sorprendente resistencia a los horrores y penalidades del

repetido ataque aéreo, a la destrucción de sus hogares y posesiones y a las condiciones en que se veían forzados a vivir. Declinó su moral, su fe en la victoria final o en una componenda satisfactoria y su confianza en sus jefes; pero continuó trabajando con eficiencia mientras tuvo los medios físicos de producción. El dominio de un Estado policiaco sobre su pueblo no debe ser menospreciado."

Una autoridad francesa ofrece la siguiente conclusión: "Si desde el punto de vista de la moral se esperaba que los bombardeos en masa llevaran al pueblo alemán a un estado de apatía que relajara el mantenimiento del esfuerzo bélico o lo empujara a actos de rebelión contra el régimen nazi, entonces los bombardeos fueron un fracaso." No fracasaron por el hecho de que privaron a las fuerzas alemanas de los abastecimientos necesarios para la consecución de la guerra, lo que viene a significar que tuvieron éxito hasta donde el objetivo era militar y no simplemente moral.

La moral de los obreros de industrias de guerra.

Era de esperarse. El bombardeo que busca sólo un efecto moral, posiblemente nunca será tan efectivo como el que busca también un objetivo militar, aunque sólo sea porque el último puede ser concentrado; los objetivos militares no se encuentran en todas partes. Sin embargo, éstos son abundantes. La proporción de la población civil de un país beligerante, empeñada en trabajos bélicos, es un porcentaje muy sustancial de la población total. En Alemania, a mediados de la última guerra, éste representaba un 59 por 100 de la total población urbana. Si puede debilitarse la moral de este sector de la población como un producto accesorio del bombardeo aéreo estratégico de las fábricas e instalaciones donde se lleva a cabo el trabajo, en conjunto sufrirá un tanto la moral del país.

El señor Churchill pensaba en la moral de esta parte de la población cuando dirigió al pueblo alemán unas palabras de

advertencia y consejo antes de que en el tercer año de la guerra comenzaran los aliados a lanzar incursiones aéreas más poderosas. Dijo en su radiodifusión del 10 de mayo de 1942, que intentaban bombardear todas las ciudades en las que existieran industrias vitales de la maquinaria bélica alemana. "La población civil de Alemania—continuó—tiene un medio sencillo de escapar a estas penalidades. Todo lo que tiene que hacer es abandonar las ciudades donde se lleve a cabo trabajo bélico, dejar sus ocupaciones, partir hacia los campos y contemplar el resplandor del incendio de sus hogares a distancia." De nuevo el 19 de mayo de 1943 declaró en su discurso al Congreso de los Estados Unidos: "La política establecida por nuestros dos Estados Mayores y autoridades que dirigen la guerra consiste en hacer imposible que siga funcionando cualquier forma de industria bélica en grande o concentrada escala, ya sea en Alemania, Italia o los países ocupados por el enemigo. Doquiera que existan y sean desarrollados estos centros, serán destruidos y se dispersará la población dedicada a la industria bélica."

Se niega el bombardeo sin miramientos.

La guerra contra la moral en esta forma concebida no difiere gran cosa de la guerra contra las industrias vitales abogada por los estrategas aéreos norteamericanos, como se señaló en el primer párrafo de este artículo. Las industrias de guerra serían los objetivos físicos; el deseado efecto psicológico se alcanzaría incidentalmente. El atacar la moral en general, e aquella de la población enemiga en conjunto y sin parar mientes en la presencia o ausencia de un objetivo militar en la ciudad bombardeada, sería recurrir al bombardeo sin miramientos, y ello sería contrario a la política declarada de los beligerantes en ambas guerras mundiales; esto es, las únicas grandes guerras libradas desde la aparición del poderío aéreo. Podríamos citar un gran número de solemnes declaraciones a este respecto, aunque son las más conocidas aquellas hechas por los Gobiernos británico y ale-

mán en respuesta al llamamiento del Presidente Roosevelt en los albores de la última guerra. Podrían también mencionarse otras muchas de los altos jefes de los Gobiernos beligerantes. La práctica puede no haberse ajustado a los preceptos en todas las ocasiones, pero el bombardeo sin miramiento de poblaciones civiles no fué la política deliberada de ninguno de los beligerantes.

Las incursiones atómicas.

Lo mismo en Alemania que en el Japón la ofensiva de bombardeo aéreo estratégico llevada a cabo por los aliados en la última guerra fué en general un asunto de quemar ciudades. El Estudio Analítico del Bombardeo Estratégico Norteamericano encontró que de un 75 a un 80 por 100 de la destrucción urbana en Alemania fué ocasionada por el fuego y no por las explosiones; y que en el Japón el porcentaje atribuido no pudo ser menor. La mayor parte de la destrucción en este país fué ocasionada por las incursiones incendiarias que dieron comienzo en marzo de 1945. Las primeras incursiones estaban, al menos en parte, dirigidas contra la moral, y en lo que a esto se refiere, los resultados en conjunto fueron desalentadores para aquellos que habían quizá acariciado demasiadas esperanzas para esta forma de estrategia. Entre ellos se encontraba el fenecido General Smuts. Por radiodifusión desde Pretoria, el 4 de septiembre de 1943, hizo referencia a la ofensiva aérea en masa que estaba comenzando a lanzarse contra los centros industriales alemanes, declarando: "Si la moral interna alemana se desintegró en 1918, cuando Alemania estaba intacta y había escapado de todos los horrores de la guerra que ella había infligido sobre sus vecinos, ¿por cuánto tiempo resistirá una devastación peor que la ocasionada por la Guerra de los Treinta Años? La fortaleza europea desaparecerá físicamente ante una continuada embestida diurna y nocturna. Sus efectos en la moral civil serán aún más devastadores que sus efectos físicos".

De hecho, como sabemos ahora, los efectos en la moral civil en forma alguna fueron tan grandes como se esperaron. Sólo en el Japón y sólo en los últimos momentos de la guerra, los resultados parecieron justificar el bombardeo psicológico. Los bombardeos atómicos de agosto de 1945 fueron definitivamente dirigidos contra la moral. Este hecho se evidencia de las declaraciones del señor H. L. Stimson, quien como Secretario de Guerra era la autoridad directamente responsable. En su libro "On Active Service in War and Peace" (En Servicio Activo en la Paz y en la Guerra), declaró: "Pense que para obtener una verdadera rendición por parte del Emperador y sus asesores militares tendría que administrarse una tremenda sacudida que fuera en sí prueba convincente de nuestro poder para destruir el Imperio. La bomba atómica fué algo más que un arma de terrible destrucción; fué un arma psicológica". En honor a la verdad, pareció tener un efecto inmediato en poner fin a la guerra, pero el hecho de que hubiera sido la verdadera causa de la rendición del Japón es extremadamente dudoso. En el mejor de los casos el Japón no hubiera podido resistir por mucho más tiempo. El Almirante de la Flota Vizeconde Cunningham of Hyndhope ha escrito: "Creo que el Japón se hubiera rendido sin necesidad de invadirlo o de emplear la bomba atómica. Considero al presente, que fué una desgracia y un error el haberlas lanzado alguna vez". Aún así, en la época pareció haber dado expeditos resultados.

Es innegable que con su aparición en el último minuto en la guerra, la bomba atómica alargó la vida del bombardeo psicológico. Esta estrategia hubiera sido señalada como un fracaso de no haberse lanzado la bomba; hubiera sido criticada por su fracaso en producir el efecto moral que de ella se esperaba y por producir un resultado militar en la forma de una reducción de producción bélica muy tardía para ser de algún valor. Marshall Andrews, un escritor norteamericano, ha llegado al extremo de afirmar que el bombardeo aéreo

estratégico así concebido "agonizaba" ya para el final de la guerra cuando recibió de "súbito" una inyección vigorizante en el brazo; la bomba atómica lo puso de nuevo en pie". No es este un juicio sin fundamento; pero hubo algo más en el bombardeo aéreo estratégico que el ataque contra la moral del que la bomba atómica fué su culminación. Abarca no sólo las incursiones sobre las ciudades—y algunas de estas incursiones fueron militarmente muy ventajosas, al reducir la producción bélica—sino que también comprende a aquellas sobre objetivos del petróleo y de los transportes que, según la opinión general, no fueron ni mucho menos un fracaso y contribuyeron en alto grado a la victoria aliada.

Aun así se mantiene el hecho de que los ataques atómicos ayudaron a rehabilitar la reputación del bombardeo aéreo estratégico como un medio para forzar una decisión atacando la moral enemiga.

La moral como un objetivo en la guerra futura.

No es sorprendente que los acontecimientos de agosto de 1945 hayan inspirado la creencia, quizás aceptada sin gran crítica, de que lo que alcanzó la bomba atómica contra Japón podría también lograrse contra la Unión Soviética en una guerra futura. La guerra contra la moral volvió de nuevo con fuerza a ocupar una posición prominente. Los que abogaban por ella, señalaron con premura que si no había colmado las expectativas durante la guerra en general, fué debido a que hubo que emplear las bombas anticuadas hasta el último minuto; la bomba atómica podría emplearse ipso facto en una guerra futura y se transformaría toda la situación. Al presente, podría alcanzarse un efecto moral y material con la rapidez del rayo y ganarse la guerra antes de haber empezado ésta en realidad. Hasta dónde la nueva bomba producirá este efecto y si de hecho se empleará en el futuro, son problemas que no podemos tratar en forma adecuada en esta disertación.